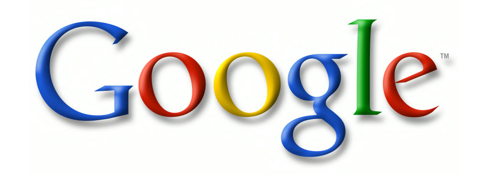
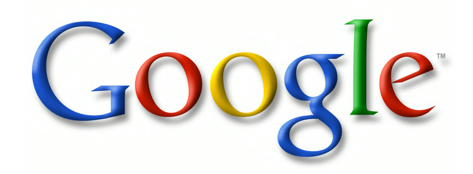
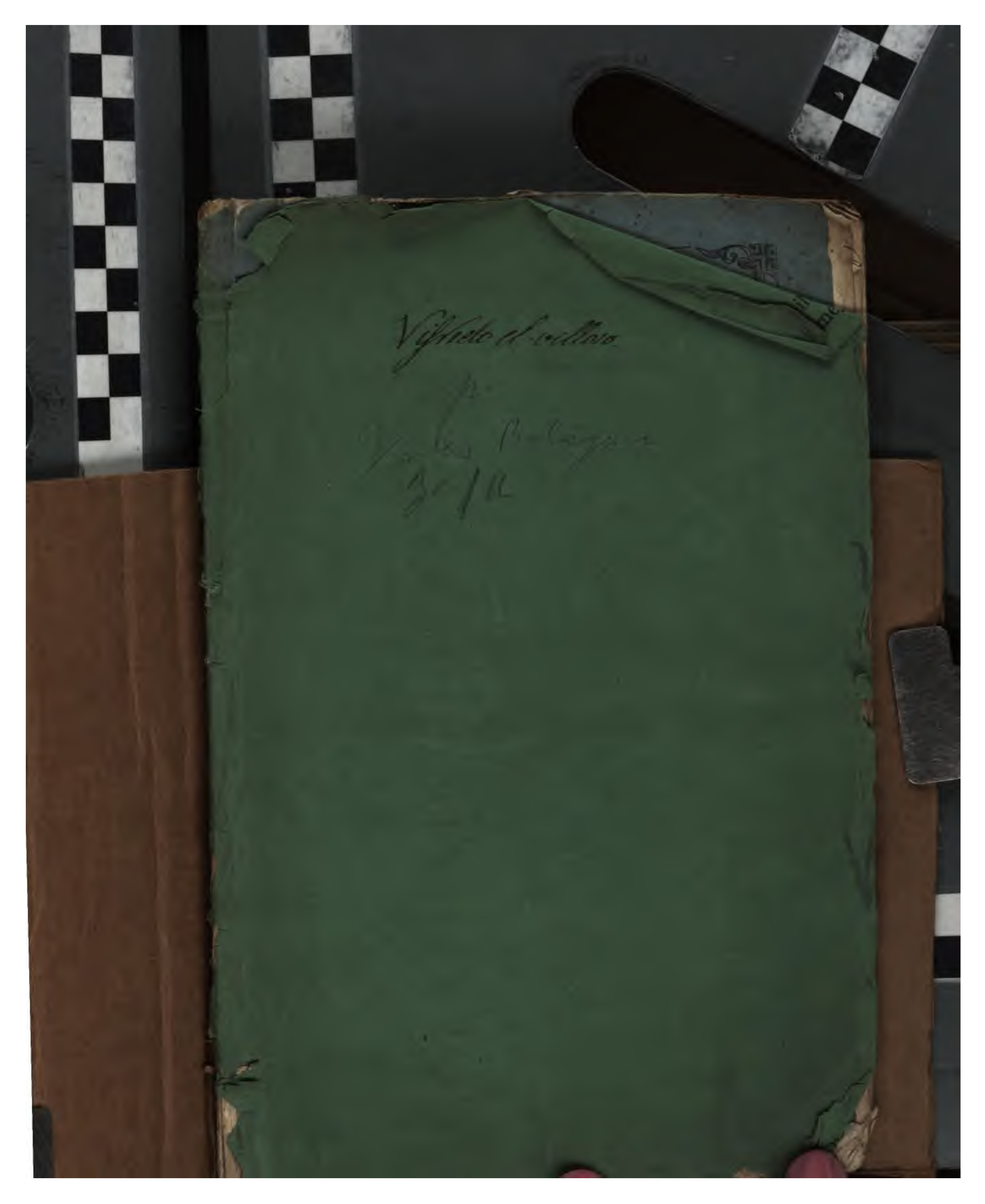






NUEVA PUBLICACION DE GRAN LUJO

DICCIONARIO UNIVERSA

DE LA

LENGUA CASTELLANA, CIENCIAS Y ARTES

ENCICLOPEDIA DE LOS CONOCIMIENTOS HUMANOS

BAJO LA DIRECCION DE

DON NICOLÁS MARÍA SERRANO

Y CON LA COLABORACION DE DISTINGUIDOS ESCRITORES



JOYAS DEL TEATRO.

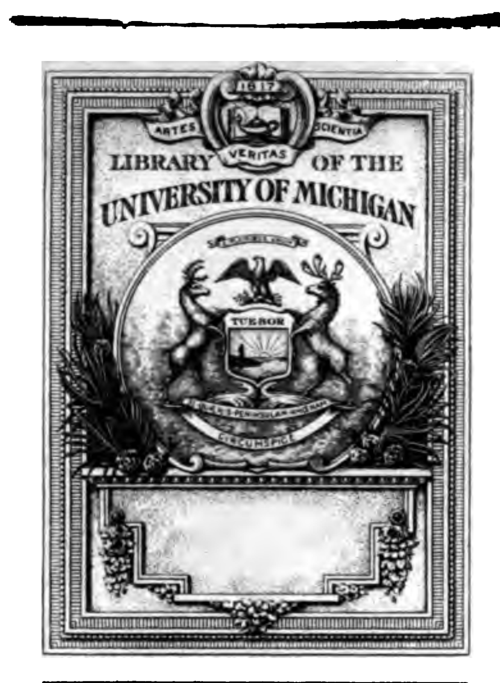
COLECCION DE LAS MEJORES OBRAS DRAMÁTICAS REPRESENTADAS

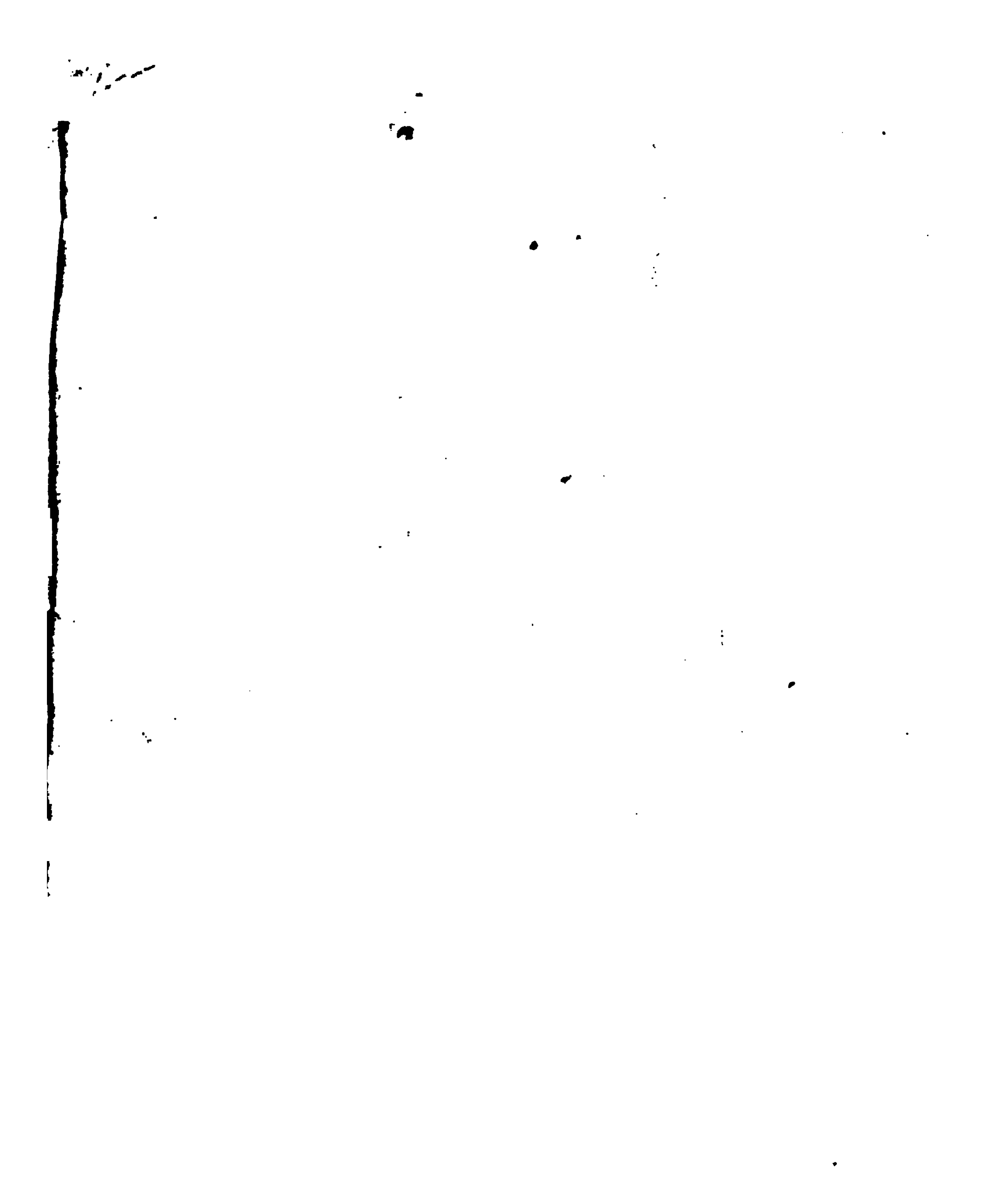
EN TODOS LOS TEATROS DE ESPAÑA Y ULTRAMAR.

...NA,

... de MAYOL, editores,

... 29.


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE



VIFREDO
EL VELLOSO,

DRAMA EN TRES ACTOS PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

Don Victor Balaguer y D. Juan de Alba.

Escrito para representarse en el Gran Teatro del Liceo á beneficio del primer actor

D. Rafael Farro.



BARCELONA,

IMP. Y LIB. DE LA SEÑORA VIUDA É HIJOS DE MAYOL, EDITORES,

CALLE DE FERNANDO VII, NÚM. 29.

1848

Al Excmo.

Ayuntamiento Constitucional

DE BARCELONA.

Excmo. Sr.

Al escribir la composicion dramática que acompañamos á V. E. solo un interés nos ha guiado: la de presentar en escena al primer conde soberano de Barcelona, la de popularizar, si esta palabra se nos permite, con nuestra pobre y humilde poesía, al noble y caballeroso Vifredo, al guerrero que con su sangre conquistó un escudo para su patria, al bravo catalan cuyas hazañas motivaron el que el monarca francés levantara el feudo que pesaba sobre Barcelona, al que dió principio, en fin, á esa noble raza de condes catalanes cuyos hechos de armas, cuyas gloriosas conquistas alcanzaron un laurel para su pueblo legando un tesoro á las historias.

Acaso no se le presente jamás al poeta vida ni mas dramática ni mas poética que la de Vifredo, Vifredo que proporcionando un nombre á la historia, ha ofrecido un héroe al drama.

Hemos pues aprovechado esta colosal figura que se destaca del fondo de nuestras crónicas, y hemos creido que la grandeza y escelencia del asunto podria fácilmente encubrir la debilidad de nuestro pincel.

Seános pues permitido dedicar y poner bajo los auspicios de V. E. el mencionado drama.

Á nadie mejor que á V. E. corresponde la dedicatoria, á nadie mejor que á V. E. digno representante del pueblo catalan, noble cuerpo descendiente del famoso Consejo de ciento, *grande por mas de un hecho en los anales de nuestra patria.*

Si nuestro trabajo es aceptado por V. E. satisfechos quedarán nuestros deseos, pues otro anhelo no nos guia que el de ser útiles al noble pueblo catalan.

Juan de Alba. **Victor Balaguer.**

Barcelona 1.° de Octubre de 1848.

VIFREDO EL VELLOSO.

Personajes.	Actores.
VIFREDO, llamado comunmente *el Velloso*.	D. Rafael Farro.
ALMIRA.	D.ª Ana Pamias.
SALOMON, conde gobernador de Barcelona.	D. Odon Pagés.
EL BARDO.	D. Antonio Dalmases.
OTJERO, soldado estrangero, confidente de Salomon.	
HUGO DE MATAPLANA.	
GALCERAN DE PINÓS.	
DAPIFER DE MONCADA.	
ADRIANO, otro soldado confidente tambien de Salomon.	
CABALLERO 1.º	
CABALLERO 2.º	
NOBLE 1.º	
NOBLE 2.º	
UN HOMBRE DEL PUEBLO.	
LA PORTERA DEL CONVENTO.	

QUE NO HABLAN.

Galcerán de Cervera. — Guillen de Cervelló. — Pedro de Alemany. — Ramon de Angresola. — Gisperto de Ribelles. — Berenguer de Arill. — Pueblo. — Guardias. — Nobles. — Caballeros.

La escena en Barcelona. — Siglo IX.

PRÓLOGO.

El bosque del muerto.

Lugar desierto y salvaje en las inmediaciones de Barcelona. Á un lado una cruz tosca junto á una lápida sepulcral. En el fondo montañas por entre las cuales se precipita una cascada. — Es de noche. La luna brilla en el horizonte.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, OTJERO *está tendido en el suelo tras de la cruz, de manera que no puedan verle los personajes que se hallen en escena.* EL BARDO *y* HUGO DE MATAPLANA *llegan por el opuesto lado.*

HUGO

Es aqueste el lugar?

BARDO.

Este es el sitio.
Venid, Hugo, venid; mirad su tumba.
(*Mostrándole la lápida.*)
Aquí, de noche, al misterioso brillo,
al albor moribundo de la luna,
cuando acuden las sombras silenciosas
y en esta soledad negras se agrupan,
Vifredo de Arria, el noble caballero,
abandona su triste sepultura
y errante por los valles y los montes,
silenciosa vision que al hombre ofusca,
al eco gutural de esta cascada
sus ayes mezcla, y su asesino busca.

HUGO.

Y en tanto el matador cobarde, infame,
libre el placer á su sabor disfruta,
y le abandona el sol en las orjías,
y el sol en las orjías le saluda
Oh! conde Salomon, mala la hicisteis!
Yo visto de soldado la armadura,
y de ella libres no estarán mis miembros,
hasta que al Dios que nos gobierna cumpla
matar con hierro al que con hierro infame
abrió á Vifredo la ignorada tumba.

BARDO.

Y esos nobles y bravos compañeros?

HUGO.

Todos conmigo sostendrán la lucha,

todos aquí cuando las doce suenen,
cual ~~ocho~~ sombras silenciosas, mudas,
á proclamar vendrán como á su gefe
y conde y soberano en Cataluña,
al hijo de esa víctima caida
en cobarde traicion é infame pugna.

BARDO.

Y yo os lo mostraré; yo, pobre anciano,
que encamino mis pasos á la tumba,
antes que ciegue mis cansados ojos
de la muerte fatal la noche oscura,
yo veré al hijo de mi noble amigo
vestir la dura cota y armadura
y arrastrar con su ejemplo á los combates
al noble catalan. Mano robusta
cual en mis tiernos años yo quisiera
tener hoy dia. En la terrible lucha
quisiera ser su escudo, y con mi sangre,
con mi sangre salvar la sangre suya.
Mas ya que no es posible acompañarle,
ya que cansada mi vejez se asusta
y no permite á mi rugosa mano
la noble espada sustentar desnuda,
yo empuñaré la lira de los bardos,
yo pulsaré sus cuerdas una á una,
y el catalan acento, ricas voces
prestará en breve á mi cancion oscura
para cantar los hechos del guerrero
que con sus hechos á su patria ilustra.

HUGO.

~~Ocho~~ barones, cuya noble sangre
en puridad á la mas limpia ofusca,
hoy rendirán su espada vencedora
al hijo de Vifredo. Ante la tumba
del noble catalan que aquí descanza,
en el misterió de la noche oscura,
por conde juraremos á Vifredo...

BARDO.

Y ayudarle en seguida á Dios le cumpla.
Venid, D. Hugo, cuando la hora llegue
volveremos aquí. Dicha ninguna
comparable será á la de abrazarle...
Paz al Dios y Señor de las alturas!

ESCENA II.

Cuando se han marchado los personajes de la escena precedente, reina por un breve instante el silencio, y en seguida, con todas las precauciones indispensables, se levánta Otjero *de tras la tumba donde estaba tendido, aplica una trompa á sus labios y despide un son misterioso y prolongado. Respóndele otra trompa lejana. Á poços instantes aparece en lo alto monte* el conde Salomon.

OTJERO.

He sido oido. Su trompa
responde á mi trompa ya.
Ya se acerca... sí por cierto,
ha entendido la señal.

(*Viendo al conde Salomon que baja monte.*)

Venid, conde Salomon,
pronto á este sitio llegad,
grandes nuevas, por mi vida,
hoy os tengo que contar.

SALOMON. (*Ya en la escena.*)
Grandes nuevas?

OTJERO.

Nuevas, conde,
nuevas de gran entidad.
La conspiracion famosa
toda descubierta está.
Tras de esta tumba escondido
pude aqui mismo escuchar
el plan de los conjurados:
nueve barones están
por gefe á Vifredo de Arria
prontos todos á jurar.

SALOMON.

Y el nombre de esos barones?

OTJERO.

Cervera, Arill, Alemany,
Pinos, Moncada, Angresola,
Mataplana y... aguardad...
Ribelles y Cervelló.

SALOMON.

Oh! los mismos, sí, no hay mas
los hijos de aquellos ~~nueve~~
que en no muy lejana edad
de entre manos de los moros
con esfuerzo sin igual
bravos y adictos supieron
este pais arrancar.
Mas para quitarme á mí
sus hijos no bastarán.
Dime, Otjero, ese Vifredo,
el hijo del catalan
que en la tumba que le encierra
hoy descansa en santa paz,
dime, se ha unido con ellos?
con ellos se encuentra ya?

OTJERO.

Todavía no. A las doce
aquí se debe encontrar.

Este es el sitio en que el bardo
le citó en lejana edad,
hace veinte años... no sé...
confusa en mi mente está
tal historia y tal enredo...
Solo puedo recordar
que por medio de una cruz
ambos se conocerán.
En fin, señor, abreviemos,
tomad pronto mi lugar.

(*Señalándole la tumba.*)

SALOMON.

Tu lugar, Otjero?... no...
no, no... no puedo....

OTJERO.

Esto mas?

SALOMON. (*Con terror.*)

No turbemos el reposo
de los que duermen en paz!
Otjero, de aquella tumba
me aterra la majestad.
Nos iremos á otra parte...
Bien podremos escuchar
de entre las ramas, peró
junto á la tumba... jamás.

OTJERO.

Señor, como mas os plazca.

SALOMON.

Me place así.

OTJERO.

Bien está. (*Vanse.*)

ESCENA III.

ALMIRA *sale corriendo perseguida por* CINCO CABALLEROS *que intentan apoderarse de ella.*

CABALLERO 1.°

Buena presa, vive el cielo!
para el conde Salomon.

ALMIRA.

Señores, por compasion....
Dejadme.

CABALLERO 2.°

Vano es tu anhelo.

CABALLERO 1.°

A tal hora una mujer
por el monte... y sola? Bah!
Digo pues!

CABALLERO 2.°

Oh! nuestra es ya.

CABALLERO 1.°

Nuestra dices?

CABALLERO 2.°

A mi ver...

CABALLERO 1.°

Pues mal has visto, bribon,
que es un bocado de rey
y reservarla es de ley
para el conde Salomon.

CABALLERO 2.°

Y yo digo, compañero
que no ha de pasar así
pues que el conde no está aquí
que el conde soy yo primero.

ALMIRA.

Oh! soltadme, por piedad
Soltad, dejadme!

CABALLERO 1.°

Esto no.

CABALLERO 2.°

Lo dicho. O el conde ó yo!

CABALLERO 1.°

Será el conde.

CABALLERO 2.°

No en verdad.

(*Vifredo que ha entrado ya á mitad de la escena vestido de peregrino, se cruza de brazos y los mira á todos con arrogancia y desden, empezandoles á hablar con despreciativa calma pero exaltándose por grados. Almira se desprende de los caballeros y se acoje á Vifredo.*)

ESCENA VI.

LOS PRECEDENTES, VIFREDO.

Cinco son, vive Dios! los caballeros,
cinco son los que insultan á una dama,
los que alcanzar intentan prez y fama
en hazañas no mas de bandoleros.
Sois catalanes?

CABALLERO 1.°

Sí.

VIFREDO.

Mentís, villanos!
Si al desorden cediendo, á los desmanes
osais poner en la beldad las manos,
bastardos sois no mas de catalanes.

CABALLERO 1.°

Vive el cielo!

VIFREDO.

Lo dicho. Malhechores,
ya que antes habeis sido caballeros,
por honor al blason de los mayores

rasgadle, vive Dios, con los aceros:
rasgadle y sumerjidle en el olvido,
pues que sí en vuestro brazo se encontrara,
aunque de acero y de metal bruñido
al veros tal cual sois se avergonzara.
Partid ya. Y si os preguntan algun dia
si catalanes sois, callad la lengua.
Para honra vuestra y de la patria mia
calladlo si podeis que fuera mengua.
(*Vanse los caballeros.*)

ESCENA V.

ALMIRA, VIFREDO.

ALMIRA.

Gracias os doy valiente peregrino
ya que al Señor le plugo
poneros en mitad de mi camino:
la libertad, Almira, os agradece
y su afecto mas tierno hoy os ofrece.

VIFREDO.

Que dijisteis? Almira! grato nombre!
grato recuerdo al corazon me envia
ese nombre amoroso, idolatrado,
presente siempre al corazon llagado,
presente siempre á la memoria mia.

ALMIRA.

Conocisteis á alguna de este nombre?

VIFREDO.

Si en verdad, una madre cariñosa,
acaso la mas tierna de las madres,
cuya tumba reposa
de todos ignorada
en un suelo estranjero..... Varias veces
me hablaba de su patria Cataluña,
de un suelo de llanuras alfombrado,
rico eden, de los ángeles querido,
con torrentes de sol iluminado,
con flores y con árboles vestido,
— «Allí, decia, tienes una hermana,
una hermana que á verte solo aspira
y que cual yo tambien se llama Almira.»

ALMIRA. (*Pensativa.*)

Una hermana decís y en Cataluña!

VIFREDO.

Tambien me recordaba
una escena sangrienta de mi historia,
página triste que en mi pecho esclava,
no se borró jamás de mi memoria.
— «Tú, me decia, de tu mismo nombre
tuviste á un padre noble y generoso,
en luengas tierras rico y apreciado
en luengas tierras grande y poderoso.
Un hombre, su enemigo,
compró asesinos y tendióle lazos
y ante tí y ante mí, y ante tu hermana
asesinado sucumbió en mis brazos....»

ALMIRA. (*Como si la historia de Vifre[do] recordase algo muy presente à su imaginac[ion]*)

Asesinado! Dios!

VIFREDO.

Y me decia
mi madre cada noche:
— «Tú su memoria vengarás un dia!»
y yo la repetia:
— «Le vengaré, señora y madre mia,
y en su pecho desleal de caballero
con mano firme clavaré mi acero!»

ALMIRA. (*afanosa.*)

Sabeis su nombre, el nombre del malva[do]

VIFREDO.

Ay de mí! no en verdad; murió mi mad[re]
Solo me dijo al espirar: «Vifredo,
toma esta cruz y parte á Cataluña...»

ALMIRA.

Vifredo!... y una cruz?.. Ay! yo no pue[do]
no puedo mas!...

VIFREDO.

Señora!

ALMIRA.

Guardad silencio y escuchadme ahora.
(*Sacando una cruz de su pecho.*)
Mirad! veis esta cruz?

VIFREDO.

Oh! cielo y tierra
(*Sacando la suya.*)
Semejante á la mia.

ALMIRA.

Y una cita
no va anexa á esta cruz?

VIFREDO.

Oh! si por ciert[o]
para las doce de hoy.

ALMIRA.

En este sitio!

VIFREDO.

Se llama este lugar *bosque del muerto*?

ALMIRA.

Sí.

VIFREDO.

Dios!

ALMIRA.

Y ahora, mira!
no te he dicho yo aquí: me llamo Almira!
(*Arrojándose en sus brazos.*)
Vifredo!

VIFREDO.

Almira ! Almira !

ALMIRA.

Hermano mio !

(*Permanecen un instante uno en brazos de otro.*)

VIFREDO. (*Arrancándose de sus brazos.*)

Ya la desgracia ahora desafio,
ya soy fuerte, Señor !

(*Á Almira*)

Dime, y el nombre?
este recuerdo me envenena el alma...
Oh ! dime, Almira, dí; quién es esé hombre?

ALMIRA.

Ay no lo sé—Mi madre...—madre mia !...
no te habló ningun dia
de un bardo... de un anciano...

VIFREDO.

Sí, en efecto,
á un bardo, dijo, te confió su mano...

ALMIRA.

Y en ese bardo, sí, en ese anciano
á falta del cariño de una madre
he hallado siempre el corazon de un padre.

VIFREDO.

Y bien !

ALMIRA.

Y bien ! entera nuestra historia
oculta guarda el bardo en su memoria.

VIFREDO.

Y ese bardo vendrá ?

ALMIRA.

Aquí, esta noche.
Mas escuchame atento, hermano mio,
no en vano espero en tí y en tí confio...
En el alma encerrado
guardo un secreto á todos ignorado

VIFREDO.

Un secreto !

ALMIRA.

Sí.

VIFREDO.

Dime.

ALMIRA.

Estoy casada.
A un afecto cediendo cariñoso,
en el altar á un hombre dí mi mano
mas en secreto, porque solo, hermano,
así le plugo.

VIFREDO.

Y óyeme. Tu esposo
es leal ?

ALMIRA.

Es leal.

VIFREDO.

Y noble ?

ALMIRA.

Y caballero.

VIFREDO.

Su nombre ?

ALMIRA.

No lo sé. Lo guarda oculto
y esta es mi pena, hermano.

VIFREDO.

Justiciero,
tu enlaze dará á luz, hermana mia.
Almira, espera en mí y en mí confia.
Le amas ?

ALMIRA.

Le adoro.

VIFREDO.

Pues entonces, ufana
levanta la cabeza, pobre hermana
que en público yo haré que, cariñosa,
dó quiera te respeten por su esposa.
Pero dime, y el bardo ?

ALMIRA.

Ya es la hora,
tardar no puede.

VIFREDO.

Venga sin tardanza
que el corazon me prensa y me devora
este infernal anhelo de venganza.

ALMIRA.

A nuestro padre vengarás, hermano ?

VIFREDO.

Le vengaré, y al sepultar mi espada
del asesino en el cobarde pecho,
tendré, yo te lo juro,
seguro el corazon, firme la mano.

(*Aparece el Bardo en el fondo y se adelanta silenciosamente.*)

ALMIRA.

Y cuando tú á mi vista te presentes
tinto el luciente acero
en sangre del cobarde caballero
que infame y vil asesinó á mi padre,
yo en mi nombre y en nombre de mi madre
—« Vifredo, esclamaré, bendito seas ! »

(*Vifredo la estrecha entre sus brazos.*)

ESCENA VI.

ALMIRA, VIFREDO, EL BARDO.

BARDO.

Bendito sea el que doncel valiente
peregrino llegó de luengas tierras ;

el que anhela, buen hijo y caballero,
á su padre vengar, bendito sea!
la bendicion del cielo sacrosanta
sobre su ilustre frente se desprenda.

ALMIRA. (*Tiernamente.*)

Bardo!

VIFREDO.

Señor, ampare el Dios piadoso
la noble y respetable cabellera
del que á mi padre vió rodar cadáver
sucumbiendo mortal en la pelea,
y envuelto en sus palabras de agonía
su suspiro postrero recojiera.

BARDO.

Sí, yo le ví, le ví... pálido el rostro,
soltó su espada la pujante diestra,
hasta mi se llegara vacilante
para estrecharme con sus manos yertas,
y á tí volviendo los nublados ojos
«Hijo mio, esclamó, mi muerte venga!»

(*Levantándo los ojos al cielo.*)

Gracias, Señor! Despues de tantos años
al fin me has permitido que le vea
al hijo de esa víctima infelice,
por fin le tengo aquí y en mi presencia,
por fin le hablo y estrecho entre mis brazos,
por fin ya la hora de venganza llega,
por fin estás aquí conde Vifredo...
Yo bendigo, Señor, tu providencia!...
Has deparado un vengador al padre...
oh! Dios, eterno Dios, bendito seas!

VIFREDO.

Bardo, decidme, reveladme el nombre,
ese nombre fatal.

BARDO.

Cumplir es fuerza
que ya en alas risueñas de esperanza
toco el término en fin de mi carrera.
Escucha pues, Vifredo, y para oirlo
inclina reverente la cabeza.

(*Con fuerza y solemnidad.*)

Tu padre fué señor en Cataluña,
fué conde y soberano en esta tierra,
el conde Salomon fué su asesino,
aqueste es el lugar,

(*Señalando la tumba.*)

la tumba aquella!

(*Vifredo lanza un grito y se arroja hácia la tumba junto á la cual se arrodilla, hundiendo entre ambas manos su semblante. Almira se acerca pausadamente á Vifredo y se arrodilla junto á él.*)

ESCENA VII.

LOS PRECEDENTES, HUGO DE MATAPLANA, G... RAN DE PINÓS, MONCADA, CERVERA, ALEMANY, ANGRESOLA, CERVELLÓ, RIBE...

BARDO. (*con entusiasmo.*)

Venid, señores, venid,
llegad, barones, llegad:
aquí teneis á Vifredo,
el hijo del catalan
que valiente y aguerrido
en su tierna mocedad
á los moros vencedores
arrojó del Monserrat;
del que con nobles hazañas
llegó valiente á ilustrar,
dó quiera sembrando gloria
la marjen del Llobregat;
del que sucumbió indefenso
bajo asesino puñal;
del que de tumba callada
descansa en la santa paz.
Venid, señores, venid,
llegad, barones, llegad.

(*Hugo de Mataplana se acerca á Vi... que se levanta silencioso. Almira permane... rodillada.*)

HUGO.

Conde y señor, por mi boca
os proclama el catalan,
y el sitio ilustre os ofréce
que debeis vos ocupar.
Venid, pues, conde Vifredo
Venid al punto....

VIFREDO.

Aguardad.

(*Se vuelve hácia la tumba y esclama s... nemente y entendiendo sobre ella su mano.*)

Señor y padre que yaces
en la tumba solitaria,
por la brisa de los bosques
de noche y dia arrullada,
yo juro solemnemente
ante tu sombra y fantasma,
que en ningun hora del dia
he de abandonar la espada,
que de mi lado, señor,
nunca apartaré la lanza,
que siempre y á todas horas
he de vestir duras mallas,
que nunca me he de rapar
ni el cabello ni las barbas,
que á todas partes iré

armado de todas armas,
que no comeré en manteles,
ni entraré en parte poblada,
ni mi visera he de alzar,
ni he de dormir en la cama,
hasta que me haya tomado
fiera, terrible venganza,
del asesino cobarde
que aquí mismo te inmolara.

(*Se adelanta con majestad hasta el centro del teatro, de modo que se halle en medio de los barones. — Almira continua arrodillada y rezando.*)

BARDO.

Nobles barones, fieles catalanes
proclamais á Vifredo?

TODOS.

Sí.

BARDO.

Este dia
memoria eterna dejará en el mundo.
(*Todos los barones desnudan sus espadas.*)
Viva el conde Vifredo!

HUGO.

Viva!

TODOS. (*Blandiendo sus espadas.*)
Viva!

(*El fondo del teatro y las cimas de los montes se llenan repentinamente de soldados. Se adelantan el conde Salomon y Otjero.*)

ESCENA VIII.

Los precedentes, EL CONDE SALOMON. OTJERO.

SALOMON.

Porque turba el silencio de estos bosques
tan desusada y fuerte griteria?
A un conde proclamais y yo estoy vivo!

ALMIRA. (*Que todavia permanece arrodillada levanta su cabeza pero sin volverla.*)
Cielo santo! esa voz!...

SALOMON.

Maldad inicua!
Entregad los aceros, catalanes;
otro conde no habrá mientras yo viva!

VIFREDO. (*con arrebato y arrancándole la espada á Hugo de Mataplana.*)
Asesino cobarde, te conozco
hoy el Eterno aqui tu pasos guia.
Defiendete!

(*Da un paso hácia el conde Salomon. Almira vuelve la cabeza, despide un grito de terror y se precipita entre el conde y su hermano.*)

ALMIRA.

Mi esposo! Dios eterno!
(*Vifredo se detiene petrificado y deja caer la espada.*)

VIFREDO.

Condenacion de Dios!

SALOMON (*sorprendido.*)
Cielos! Almira!

(*Breves instantes de silencio. La sorpresa altera el rostro de todos los presentes.*)

VIFREDO.

Su esposa... la mujer de un asesino!
del que clavó su espada maldecida
de mi padre en el pecho generoso...
Justicia, Dios eterno!... si, justicia!

ALMIRA. (*Arrodillándose á las plantas de Vifredo.*)
Vifredo!...
(*Los sollozos la impiden continuar.*)

VIFREDO.

Y bien! como quien eres obra.
(*Al conde Salomon.*)
Toma á tu esposa. Cataluña invicta
como tal la respete.
(*Al bardo.*)
Y tú, buen bardo,
centinela avanzado de su dicha,
para ella píde con tus santos ruegos
la bendicion del cielo cada dia.
(*A los barones.*)
Vosotros, caballeros catalanes,
quereis seguirme á mí?

HUGO.

Si, mientras vivas;
donde quiera que irás contigo iremos.

VIFREDO. (*Acercándose á la tumba.*)
Padre y señor, le perdoné la vida
que era suya tambien la de mi hermana.

ALMIRA (*con un desgarrador sollozo y cayendo desmayada.*)
Ah!

(*Otjero y el bardo acuden á socorrerla y levantarla.*)

BARDO.

Justo Dios!

VIFREDO. (*A los barones.*)
La patria está cautiva
y nos rechaza.

BARDO (*Con el desesperado acento de la angustia y del dolor.*)
Adonde vas, Vifredo?

VIFREDO (*Partiendo seguido de los nueve caballeros.*)
A conquistar un nombre á Normandia!

VIFREDO EL VELLOSO.

El juicio de Dios.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un rico salon.

ESCENA PRIMERA.

OTJERO Y NOBLES,

OTJERO.

Pues no lo dudeis, señores.

NOBLE 1.°

Basta que vos lo afirmeis.

OTJERO.

El torneo de este dia
nos ha de dar gran placer :
Vienen de muy luengas tierras
caballeros de honra y prez :
este ostentando sus galas ,
su régia armadura aquel ,
el otro su gran mandoble
y su potro cordobés ;
todos en busca de gloria ,
para á su patria volver
con entusiasmo á ofrecella
de sus damas á los pies.
Con qué es preciso mostrarnos
con ardiente intrepidez ,
y así la revuelta arena
hacer á estraños morder.

NOBLE 1.°

Dejad que llegue el momento
de combatir, y vereis
como ni un solo contrario
nos puede, Otjero, vencer.

OTJERO.

Yo jamás, nobles señores,
de vuestro valor dudé.
Ya os he visto en buena lid ,
blandiendo mas de una vez
vuestra lanza poderosa ,
y gozoso os admiré.
Rayos sois del mismo Marte ;
rayos son los que teneis,
que abrasan , rompen , sepultan...

NOBLE 1.°

Tened , Otjero , tened ;
eso ya es adulacion :
y os ruego que no olvideis...
que nacimos catalanes....

OTJERO.

Señores, no lo olvidé.

NOBLE 1.°

Pues habladnos francamente
y mas partido tendreis.
Por andarnos sin rodeos
(con franqueza os lo diré)
no nos fiamos de vos
cual quisiéramoslo hacer.

OTJERO.

Yo jamás os he faltado.

NOBLE 1.°

No os digo yo que falteis.

OTJERO.

Yo con la risa en los labios
creo que siempre os hablé.

NOBLE 1.°

Pues ahí está el mal, ahí.
Si reir no es menester
para decir la verdad :
y digo, aunque os enfadeis,
que de amigo que riendo
su cariño me hace ver ,
su amistá espresando à risa ,
á risa la tomaré.

OTJERO.

Vos las cosas confundís.

NOBLE 1.°

Yo soy de otro parecer.

OTJERO.

El tiempo os dirá quien soy :
en tanto no me negueis

vuestra amistad que me honra.

NOBLE 1.°

Que honra, señor, ni qué!..

OTJERO.

Ved que ahora no sonrío.
Vaya esa mano.

NOBLE 1.°

Tened.

ESCENA II.

Se presenta EL CONDE SALOMON *y todos le saludan.*

CONDE.

Salud, campeones: Gozoso ya veo,
y solo por eso me place encontraros,
que ansiais dé principio el bravo torneo
y en él de laureles las sienes ornaros.
Muy pronto las voces de inmensos clarines
oiremos, señores, con gusto sonar;
y al ver reunidos mis cien paladines
irálos al triunfo mi planta á guiar:
Mostraos arrogantes mis nobles campeones,
la muerte á la afrenta sabed preferir,
corred en velozes y ardientes trotones,
al campo de Marte la lanza á blandir.

NOBLE 1.°

Señor, vuestros nobles esperan la hora
pues todos á tiempo dispuestos están,
en la que su lanza do quier vencedora
con bravo entusiasmo blandirla podrán.

CONDE.

Pues bien, cuando suene la trompa de guerra
al circo elegido podeis ya partir,
allí los corceles que borden la tierra;
sin gloria y sin honra de allí no salir.

(*Vanse.*)

ESCENA III.

EL CONDE SALOMON Y OTJERO.

OTJERO.

Ya se marcharon señor,
y pues que solos nos vemos,
la causa no me direis
de la palidez que veo
anublar vuestras facciones?
Seguro estais de mi celo.

CONDE.

Bien te consta que es así

OTJERO.

Pues que me digais espero...

CONDE.

La causa de mi inquietud?
está bien; vas á saberlo.
Ya sabes que hace dos años
que ese insolente Vifredo,
porque dí muerte á su padre
quiso matarme frenético,
y que á no ser yo el esposo
de su hermana hubiéralo hecho.
Desde entonces la condesa
me aborrece en tal estremo,
que no puedo ante sus ojos
presentárme ni un momento.
Yo viendo su desamor
tanto tambien la aborrezco
que solo verla en la tumba
es mi constante deseo.

OTJERO.

Y bien, señor; basta un golpe
dado con seguro acierto....

CONDE.

Eso no conviene. El Bardo
ese maldito del cielo,
es su eterno centinela.

OTJERO.

Haced que huya de este reino.

CONDE.

Entonces sospecharian
y fuéramos descubiertos.

OTJERO.

Y bien, señor: es posible
que no hallemos ningun medio...
Bien pudiérase emplear
para lograr nuestro objeto...

CONDE.

El que? dí.

OTJERO.

Cosa segura
la creo un lento veneno.

CONDE.

Si otro recurso no hallamos
ese al punto adoptaremos.
Pero, Otjero, á mi pesar
hoy tengo que reprenderos

OTJERO.

La causa ignoro, señor.
Bien sabeis cuanto os aprecio.

CONDE.

Quisiera que con las gentes...
Pero se acercan, callemos:
ven, sígueme. Es la condesa.

OTJERO.

Mas, señor conde....

CONDE.
Silencio.

ESCENA IV.

LA CONDESA, EL BARDO *á poco tiempo*.

CONDESA.
En vano luchar pretendo
contra mi acerbo dolor;
mas cada vez voy sufriendo;
muy triste es vivir muriendo
entre penas y terror.
Vivir con el asesino
de mi padre!!! que tormento!
maldito fué mi destino!!!
como luchar contra el sino?

BARDO.
Con noble y osado aliento.

CONDESA.
Ah!!! Venid mi único guia.
Sin duda aquí os manda el cielo
para ofrecerme un consuelo
que mitigue mi agonía.
Mi único amigo sois vos,
y tengo, señor, por cierto
que de pena hubiera muerto
si aquí no os trajese Dios.

BARDO.
Pobre víctima infeliz,
levanta tu pura frente
que justo es que una inocente
alce altiva su cerviz.
Y en tanto llega el castigo
del que tu vida envenena,
desahoga libre tu pena
en los brazos de un amigo.

CONDE.
Ah! señor, me hace sufrir
el traidor villanamente.
Quiere verme complaciente:
quiere verme sonreir.
Quiere que le ame, señor,
mal que á mi gusto no cuadre;
pero si mató á mi padre,
como he de tenerle amor!
Yo amarle! fuera vileza:
hizo á mi padre espirar
y no me es posible ahogar
la voz de naturaleza.
Porque mi hermano partió
á esa guerra asoladora
dó acaso lanza traidora
su existencia terminó.

BARDO.
Nada calma tu quebranto?

CONDESA.
Llanto.

BARDO.
Ya tendrás horas serenas.

CONDESA.
Penas.

BARDO.
No esperas dias mejores?

CONDESA.
Dolores;
un dia creí entre flores
ir mi vida disfrutando;
pero hoy la van agostando
llanto, penas y dolores.

BARDO.
No; que el brazo del señor
de los cielos, tierra y mar,
no deja de castigar
al miserable traidor.
él tiende su justo manto
á inocentes perseguidos,
hasta verlos reunidos
en su imperio sacrosanto.
Ha dos años, me dirás,
que de tu hermano no sabes,
mas de sospechar no acabes
lo que sospechando estás.
(*El conde se presenta y escuch*
Tu hermano... no es ilusion...
aun se encuentra combatiendo
y laureles recojiendo:
me lo dice el corazon.

ESCENA V.

DICHOS, EL CONDE.

CONDE.
Vana esperanza!...

CONDESA Y BARDO.
Cielos!

CONDE.
Es la vuestr
Á Normandía se marchó Vifredo
dos años hace ya: de su existencia
saber he procurado con empeño,
y háseme dicho que en la cruda guerr
pereció con sus nueve caballeros.

CONDESA.
Ah!

BARDO.

Qué decís? no le creais, señora.
Siento un voz en mí, voz de los cielos
que me dice os engaña vuestro esposo
con la ruin intencion de entristeceros.

CONDE.

Medid vuestras palabras, pobre Bardo:
no quiera el imprudente marinero
con su débil bajel romper las olas
del hondo mar cuando rebrama inquieto.

BARDO.

Aun cuando el mar sus espumosas olas,
levante airado con furor tremendo,
una góndola débil las destruye
si el brazo guia Dios del gondolero.

CONDE.

Villano!

BARDO.

Nunca; detened la lengua.

CONDESA.

No es villano, señor, ni puede serlo
el que alimenta un alma generosa:
y es mas digno de gloria y de respeto
el pobre que sufriendo su miseria
no se humilla á orgullosos caballeros,
que el noble que anhelando mas grandeza,
de traiciones infames encubierto,
asesina á su hermano, si le estorba,
por robarle su hacienda y sus derechos.

CONDE.

Señora, qué decís?

CONDESA.

Y eso os altera?
Con vos no hablaba y os poneis soberbio.
Bien dicen que el delito no se oculta...
vos mismo os delatais: os compadezco.

CONDE.

Ya basta de piedad: llegó la hora
de poner á mis males un remedio.
Aliado os habeis para ultrajarme,
muy pronto vais á ver como me vengo.
Ha tres horas no mas de Normandía
que llegó mi enviado mensajero,
y dice no haber visto á vuestro hermano,
ni aun dél oido hablar; prueba es que ha muerto
Á él solo le temia y ya no existe,
libre rienda doy hoy á mis deseos;
aun cuando digan que cruel he sido
quedará mi rencor tan satisfecho,
que los insultos de la inmunda plebe
serán á mis oidos lisonjeros.

CONDE.

Si pensais con crueles amenazas
un solo instante con pavura vernos,
por Dios que os engañais. Fraguad traiciones,
aumentad si quereis nuestros tormentos,
ni aun así triunfareis de la constancia
que mora altiva en nuestros nobles pechos;
ni creais que la vida hais de quitarnos:
las justas causas las ampara el cielo.
Ni faltarán aceros catalanes
que se alcen nuestras vidas defendiendo
que en el suelo feraz de Cataluña
á millares se encuentran caballeros.

CONDE.

Estais en un error, señora mia,
á mis vasallos respetarme veo,
y si á uno solo rebelarse viera
le ahorcara para público escarmiento.
Yo haré que tiemble Cataluña entera
de hoy mas mandando con furor violento.

BARDO.

Mal hareis en verdad: de Barcelona
es cordero ó leon el noble pueblo,
cordero si le mandan con alhagos,
leon si con rigor, ó con desprecio;
y así como el cordero besa humilde
la dulce mano que le ofrece el dueño,
así el leon que siéntese aherreojado
rabioso rompe sus pesados hierros.

CONDE.

Gracias os doy por la advertencia vuestra.
Fuerais vos escelente consejero,
mas podeis retiraros por ahora
que hablar á solas con mi esposa quiero.

CONDESA.

Porqué ha de retirarse?

CONDE.

Yo lo mando.

BARDO.

Tranquilizaos, condesa: os obedezco.
mas guardaos de ultrajar á esa inocente,
sin primero pasar sobre mi cuerpo.

ESCENA VI.

EL CONDE, LA CONDESA.

CONDE.

Señora, por vez postrera
os dirijo la palabra,
para traeros al camino
de que vais tan apartada.
Ya me canso de sufriros,
ya vuestro enojo me ecsalta
y si no volveis por vos

demostrando en las miradas
que á bien tengais dirigirme
sumision y amor sin tasa,
tiemblo por vos, mi señora,
aunque os adora mi alma.

CONDESA.

Conde, jamás os falté,
me hicisteis depositaria
de vuestra honra y la he guardado
mas que á un tesoro se guarda.
Pero engañaros no debo
ni yo á engañar acertara:
ni os amo, ni os podré amar...
sabeis, señor, porque causa.

CONDE.

Es decir que la muger
que á su esposo así le habla,
cuando le diera su mano
cruelmente le engañaba!

CONDESA.

No, por Dios: cuando mi mano
os dí, señor, ante el ara
la dicha me enloquecía
con entusiasmo os amaba,
erais mi gloria, mi todo;
erais mi vida, mi alma,
que remontábase al cielo
de pasion embriagada.
Con vos no echara de menos
los palacios ni las galas,
con vos entonces viviera
en una humilde cabaña
adorándoos, bendiciéndoos,
hasta sirviéndoos de esclava.
Juzgad pues si me habeis hecho
en estremo desgraciada
en medio de tanto amor,
de ventura tán colmada.
Se interpuso entre los dos
un lago de sangre humana
cuando supe habiais muerto
al padre que tanto amaba.
Volaron mis ilusiones,
mi pasion se hundió en la nada,
de entonces no puedo amaros
y vivo sacrificada,
viendo siempre al asesino
que al padre mio inmolara.
Y ese asesino es mi esposo,
y... mi cabeza se abrasa....
Dejadme por compasion,
Ó en mi pecho hundid la daga
que llevais... quiero la muerte,
si aun merezco esta gracia,
dejadme llorar al menos
mi suplicio, y vuestra infamia.

CONDE.

Señora, soy hombre fuerte,
mi corazon no se ablanda
con suspiros ni sollozos:
escusado es verter lágrimas
en mi presencia, os lo advierto
En cuanto á clavar mi daga
en vuestro pecho, señora,
fuera locura estremada
que con vos me perdería.....
A una muger tan osada
se la castiga mejor
con otras seguras armas
que no son vistas de nadie;
aunque el corazon traspasan.
Despues de esta esplicacion
mas os aborrece mi alma
y pensaré con cautela
de vos en tomar venganza.
Pero en esa habitacion
que me esperan olvidaba.
Con qué, insistís en no amarme
me sorprende vuestra audacia,
mas lidiar con seres firmes
vive el cielo que me agrada.
Vamos, enjugad el llanto,
no deis lugar que las lágrimas
surcando vuestras mejillas
oscurezcan vuestras gracias.
Á Dios, mi bella Condesa,
no os quedeis tan desolada,
el tiempo todo lo cura;
beso humilde vuestras plantas.

ESCENA VII.

CONDESA, BARDO.

CONDESA.

Infeliz la que nació
para vivir padeciendo!
Infeliz la que está viendo
al que á su padre mató,
de befa y baldon sirviendo!

BARDO.

Ya le he escuchado, hija mia,
pero fia en el señor,
él hará que llegue el dia
de que pida en su agonía
misericordia, el traidor.
Y tu le perdonarás

cuando le mires postrado,
pero yo jamás, jamas,
siempre firme me verás
en cumplir lo que he jurado.
Tu padre en su último aliento
la venganza me pidió,
y yo le hice juramento.
de no reposar contento
sin cumplir lo que anheló.
Con que alienta tu esperanza,
que aunque... no vuelva tu hermano,
yo, sin pérfida asechanza,
daré á tu padre venganza
y á tí, matando al tirano.

CONDESA.

Ah señor !! tiene de acero
ese monstruo el corazon!
de mí se mofa altanero
y se goza placentero
cuando mira mi afliccion.
Pero miradle, sí... él es:
con Otjero está... Traidores!
Sin duda fraguan horrores...

BARDO.

Ve á tu aposento; despues
iré á calmar tus dolores.

ESCENA VIII.

EL CONDE, OTJERO.

OTJERO.

No hay mas remedio, señor,
creedme. Pues no se sabe
de su hermano, es que ya ha muerto;
no podrá estorbarnos nadie
para realizar el plan...
no opinais el verter sangre,
en hora buena. Un veneno
dejadme que la prepare...

CONDE.

Y el Bardo?

OTJERO.

Que eso digais!
Haced que marche al instante
de Barcelona.

CONDE.

Imposible.
la sospecha fuera facil...
Y ademas á el le detesto
con un furor implacable,
y gozoso no estaré
hasta que vierta su sangre,
mas... ah! que idea!!

OTJERO.

Señor...

CONDE.

Observa si escucha alguien.

OTJERO.

Ninguno.

CONDE.

Triunfo sin duda...

OTJERO.

Pero decidme...

CONDE.

Si: antes
que el sòl se esconda en los montes,
Otjero, voy á vengarme.
Marcha á reunir mis soldados,
y con ellos al instante
acudirás á Palacio:
los nobles que allí me aguarden.
Ah! condesa!! ah pobre Bardo!
dignos amigos leales,
vuestra constante amistad
servirá para mis planes.
Que entre el Bardo, que le espero.

OTJERO.

Pero no sabré...

CONDE.

Allí aguárdame.
En cuanto hayas fielmente
cumplido con mi mensaje
todo lo sabrás... Que esperas?
ni un momento pierdas: parte.
Pues ya concebí mi plan,
no retrocedo: adelante.
No reconozco barreras,
que sean inespugnables.
Tengo valor y arrogancia,
y me rinden vasallage
infinidad de valientes:
nada puede ya arredrarme.

ESCENA IX.

EL CONDE, EL BARDO.

BARDO.

Para que me habeis llamado?

CONDE.

Vais á saberlo ahora mismo;
A pesar de que en mi casa
os he dado noble asilo,
vuestra vil ingratitud
he visto para conmigo,

Y... por acabar mas presto,
sabed pues que he decidido
que de aquí y de Barcelona
salgais al instante mismo.

BARDO.

Que decís?

CONDE.

Si no me engaño,
pienso que me habeis oido.

BARDO.

Quereis deje á la condesa
sin ningun humano ausilio!

CONDE.

Basto yo para ampararla;
dejémonos de litigios.

BARDO.

Ah señor!!! es imposible
que me aparte de estos sitios.
Sabeis que la amo, señor,
con inocente cariño,
que para ella soy su padre,
su hermano, su único amigo.
Por Dios, no nos separeis.
Quereis mirarme rendido?
pues bien: vedme á vuestras plantas,
ved que lloro como un niño:
solo por no abandonarla
padeciera mil martirios.
Dejadme en este palacio
en el rincon mas mezquino,
tenedme como á un esclavo,
á todo, á todo me humillo:
pero por la Vírgen pura
que no me echeis de estos sitios.

CONDE.

Imposible. Media hora
teneis para despediros
de mi esposa la condesa.

BARDO.

Corazon empedernido
teneis, y entrañas de tigre.
A vuestros pies me habeis visto
llorando, y de mi dolor
no os habeis compadecido:
pues bien, señor, yo me iré,
á morir entre los riscos,
porque la vida detesto
sino he de poder lo mismo
que antes, enjugar el llanto
de ese querubin divino.
Y yo esperaba piedad
de un alma de hierro!!! inícuo!!!
Oid: Hais sido perjuro,
mal hermeno y peor hijo;
hollando todo respeto,
hasta habeis sido asesino;
pero yo solemnemente
vuestro fin os pronóstico.
Del pueblo á quien ultrajais
os vereis aborrecido,
de los nobles afrentado,
de los soldados lo mismo;
y despues que la existencia
arrastreis como un impío
vuestra garganta dareis
de acero cortante al filo;
en tanto llega este dia,
que llegará, yo os lo afirmo;
Dios os maldice, del cielo,
lo mismo que yo os maldigo.

CONDE.

Media hora os queda solo:
con que á partir prevenios.

ESCENA X.

BARDO. *A poco*, LA CONDESA.

BARDO.

Ah! yo no tengo valor
de estos sitios para huir,
antes quisiera morir:
inspirame tú, señor.

CONDESA.

Que pasa aquí? vos llorando!
Que nueva horrible me espera!
Que... no hablais? angustia fiera!
Ah! no veis que estoy ansiando...

BARDO.

No puedo....

CONDESA.

Por Dios, hablad;
quieren la vida quitarnos?

BARDO.

Aun mas: quieren separarnos
con inaudita crueldad.

CONDESA.

Ha tiempo que esto esperaba.
Solo vos en este mundo
calma mi dolor profundo
y esto al conde ecsasperaba.
No quiere que nadie aquí
me tienda su mano amiga,
no quiere que yo consiga
que tengan piedad de mí.
Separarnos!!! Oh! tormento!

Yo que mi padre os llamaba
y que ante vos desahogaba
llorando mi sentimiento....
pero que habemos de hacer!
lo manda el conde mi esposo;
tenemos que obedecer.
Ahora seré perseguida,
perdí hermano, y perdí amigo;
pero al menos mi enemigo
que no atente á vuestra vida.
Partid pues sin detencion,
que aunque esté padeciendo,
de Dios estaré pidiendo
que os siga la bendicion.

BARDO.

Sí, criatura inocente,
nacida para penar.
voy ahora mismo á marchar,
voy á morir de tí ausente.
Aunque solo en la Coruña
gentes tengo á mí no estrañas,
no saldré de las montañas
de la fértil Cataluña.
En ellas me esconderé
hasta encontrar la ocasion
de cumplir con la mision
que á mi cuidado tomé.
Nuestras almas en pedazos
rotas del dolor tenemos.
A Dios. Pero antes lloremos.
uno del otro en los brazos.

(Abrese la puerta del fondo y se presentan Otjero, el conde Salomon, Nobles, soldados y pueblo.)

ESCENA XI.

OTJERO.

Que mas prueba quereis? miradlo todos.

CONDE.

Miradlo todos, mi deshonra es cierta.

BARDO Y CONDESA.

Que decís?..

CONDE.

Ya los visteis abrazados.
Cierto es el adulterio.

CONDESA.

Ah!

BARDO.

Vileza!
Horrorosa traicion que solo cabe
en un alma tan vil como la vuestra.

CONDESA.

Quién osará creer tal villanía?

CONDE.

Cese el villano ó quemaré su lengua.
Soldados, encerradle en el castillo:
que ahora mismo examine su conciencia,
que oiga su confesion un sacerdote,
y qué ruede en seguida su cabeza.

BARDO.

Asesino!

CONDE.

Ponedle una mordaza,
si aun insiste en hablar con insolencia:
llevadle.

BARDO.

Sin oirme?

CONDE.

Sin oiros.

BARDO.

De mi triunfais, tirano, por la fuerza:
Como déspota vences y cobarde.
Asesino, traidor, maldito seas.

(Se llevan al Bardo.)

CONDESA.

Teneis valor para tamaña infamia!

CONDE.

Y aun me osareis hablar? esa cabeza
debe de estar en la presencia mia
fija en el suelo demostrando afrenta.

CONDESA.

El crimen solo prosternarse debe;
el crimen el semblante manifiesta;
señores, ved el mio. Ved que dice:
tan solo noble indignacion espresa.
Y si aquí la cabeza envilecida
ha de verse inclinada hácia la tierra,
yo la mia levanto hasta los cielos,
vos sois el criminal, bajad la vuestra.

CONDE.

Vuestro descaro mi furor enciende.
Yo os acuso de adúltera perversa.
Si antes de una hora no hay un caballero
que á defenderos salga á la palestra,
en seguida por público escarmiento
haré que corten vuestra vil cabeza.
Entre todos los nobles que nos oyen
no habrá uno solo que á lidiar se ofrezca
por vuestra causa criminal é injusta.
Y sino que respondan con presteza:
quién combatiera por mi infiel esposa?

NOBLES.

Todos.

CONDE.

Qué escucho? ciegaos su belleza.

TODOS.

Su inocencia !!...

CONDE.

Los visteis abrazados.

NOBLE 1.°

Padre al Bardo llamaba la condesa.

CONDE.

En fin, tengo soldados que os castiguen.
Yo no quiéro admitir vuestras ofertas:
recogedles las armas.

NOBLE 1.°

De este modo.

(*Todos los nobles rompen sus espadas.*)

NOBLES.

Sí, sí.

CONDE.

Qué estais haciendo?

NOBLE 1.°

Ahora cojedlas.

CONDE.

Señores, por el cielo que no quiero
malquistarme con toda la nobleza.
Venga un guerrero y lidie por mi esposa,
con tal que ni uno de vosotros sea:
se harán pregones, y si viene alguno,
mientras que venga de lejanas tierras,
á tomar la defensa de esa infame,
le otorgo el combatir.

NOBLE 1.°

Jurarlo es fuerza.

CONDE.

Lo juro por el Dios que nos escucha.

OTJERO.

Yo fuí acusador de la condesa
y estoy pronto á lidiar con quien la ampare.

ESCENA XII.

Dichos. VIFREDO.

VIFREDO.

Yo os mataré y os cortaré la lengua.

CONDESA.

Mi hermano !!!

TODOS.

Don Vifredo !

CONDE.

Cielo Santo !!!

VIFREDO.

Pediais uno de lejanas tierras
que viniese á lidiar por la hermosura,
que viniese á lidiar por la inocencia;
ha un instante llegué de Normandía,
la sienes traigo de laurel cubiertas.
Allí con mis valientes catalanes,
sin darnos nunca á conocer siquiera
hemos triunfos inmensos conseguido
de don Carlos el Calvo en la defensa.
He sabido ultrajabais á mí hermana,
y al rey de Francia le pedí una tregua.
Vine: llegué hasta aquí: oílo todo,
y alzándome del casco la visera,
ante el ruin retador yo me presento,
y le digo que miente con vileza,
y que ahora mismo el duelo ha de efectu
y que ponga con Dios bien su concienci
porque asi que le tienda moribundo
haciéndole morder la dura tierra,
su cabeza infernal pondré en mi lanza,
y haré jigote con su inmunda lengua.

CONDE.

Pero eso que pedís....

TODOS.

Si, si; el combat

CONDE.

Ya no puedo impedirlo. Otjero, sea.

OTJERO.

Confio en la destreza de mi brazo.

VIFREDO,

Estais pronto á lidiar?

OTJERO.

Dudarlo es mengu

VIFREDO.

Pues bien dentro de una hora lidiaremo

OTJERO.

Vuestra mano en señal.

VIFREDO.

Tomad la izquierd

OTJERO.

La izquierda me ofreceis? tanto desdoro!

VIFREDO.

Yo siempre reservé la mano izquierda
para darla á judíos y traidores.

OTJERO.

Ya os arrepentireis.

VIFREDO

Jactancia necia.

OTJERO.

Al patio de palacio de aquí á un hora.

VIFREDO.

Allí me encontrareis antes de media.
Yo soy tu caballero, pobre hermana.
Te confia la ley á mi defensa.
Espera en un convento mi victoria.
Yo te conduciré.

CONDE.
Teneos.
VIFREDO.
Fuera!
Abrid paso y postraos ante esta dama;
respeto á la virtud y á la inocencia.
(*Todos se inclinan y Vifredo conduce de la mano á su hermana.*)

ACTO SEGUNDO.

El rapto.

Mar en el fondo. Á la derecha la gran fachada de un convento de monjas.

ESCENA PRIMERA.

HUGO DE MATAPLANA.

HUGO.
Sigue encapotado el cielo,
sopla recio el vendabal
y se alzan y desvanecen
las fuertes olas del mar.
Ningun rumor se percibe
ya por toda la ciudad;
de reposar es la hora:
sí algunos velando están
serán amantes noveles
que embebidos en su afan
el lucero vespertino
en el cielo ven brillar.
Pero, no es ilusion mia,
un buque veo asomar;
aunque está la noche oscura
no me engaño: pasó ya.
Desembarcan!! y á estas horas!
Se esponen mucho en verdad.
Quien podrá ser? he de verlo.
(*Los ocho barones que desembarcaron, al ver egar á un guerrero todos se calan las viseras uno de ellos dice á Hugo.*)
GALCERÁN DE PINÓS.
Atrás, caballero, atrás.
HUGO.
Esa voz.... ellos sin duda,...
antes decidme quien va?
PINÓS.
Hugo sois?.. decid la seña...
HUGO.
Patria y Honor....
PINÓS.
Y amistad.
HUGO.
Salud hermanos!
CABALLEROS.
Salud!
PINÓS.
A donde Vifredo está?
HUGO.
Aquí va à venir en breve
y el veros le ha de pesar.
Os suplicó que esperaseis
distantes de esta ciudad,
hasta que él solo alcanzára
lo que anhelaba alcanzar.
PINÓS.
Y porqué, cuando él sin duda
peligros arrostrará,
todos sus fieles amigos
debémosle abandonar?
Juntos fuímos al combate
y escritos con sangre están
nuestros santos juramentos
de gloria y fraternidad.
Si él porque es noble y valiente
peligros quiere arrostrar,
jamás le abandonaremos,
de lejos le seguirán
nuestros penetrantes ojos,
y la luz de ellos serán
claras antorchas que alumbren

su gloria y su lealtad.
Mas decidnos brevemente
sus asuntos como están:
se ha encontrado ya en peligros?
hablad, compañero, hablad.

HUGO.

Ya ha lidiado por su hermana
con un hombre criminal
que á la condesa y al Bardo
se atrevió infame á acusar
de adulterio!

PINÓS

Negra infamia!

HUGO.

Ya se aclaró la verdad.
El arrogante Vifredo,
llena de orgullo la faz,
armado de punta en blanco
y sobre un tordo alazan,
en el sitio designado
entró con solemnidad.
Al verle la gente toda
comenzóse á levantar
agitando los pañuelos
de su cariño en señal:
en fin, para no cansaros
la ceremonia al contar,
sabed que al primer encuentro
dióle con pujanza tal
una lanzada Vifredo,
al que le osara retar,
que del bridon vino al suelo
con rapidez sin igual.
Vifredo sobre su cuello
quiso su planta posar,
y le dijo: — agora mueres
ó declaras la verdad.—
Entonces el miserable
á gritos pidió piedad,
y dijo que á la condesa
él la quiso calumniar;
que el conde no era culpable
ni lo hubo sido jamás,
pues por él fué alucinado.
Que muera! — empezó á gritar
el pueblo; pero Vifredo,
dando de noble señal,
al vencido y humillado
él le ayudó á levantar
y le dijo: de este sitio
con tu baldon vete ya,
que al mirarte tan pequeño
ni aun te puedo despreciar.

PINÓS.

Bien; obró como quien era.
Seguid, seguid, voto á San...

HUGO.

Entonces en el castillo
el conde con rabia tál
mandó que le encerrasen, que
á todos hizo dudar
de que estuviera culpable,
y en fin, aunque con afan
el conde pidió á su esposa
que en ese convento está,
dijo Vifredo: — me marcho:
cuando acabe de lidiar,
entonces del santo templo
mi pobre hermana saldrá:—
él accedió. Nos partimos
la luz primera al rayar
esta mañana, y diez millas
andaríamos no mas
cuando Vifredo ecsaltado,
ya despues de meditar,
dice al patron de la barca:
—volvamos al punto atrás
pues tengo un presentimiento
que sino me va á matar.

PINÓS.

Un presentimiento!!!

HUGO.

Sí.
Volvímonos pues acá.
Y no mas pronto llegamos
cuando la tierra á besar
empieza con frenesí
y me dice con afan;
—si hoy llegado aquí no hubiera
me hubiese echado á la mar.
Me conducí como un niño,
olvidé lo principal,
me iba sin salvar al Bardo
que vió á mi padre espirar,
que me descubrió al traidor
y que acaso morirá
por consolar á mi hermana,
á Dios. Aquí esperarás,
me dijo, y en un instante
sin mi consejo escuchar
fuese corriendo y dejóme
en aquesta soledad.

PINÓS.

Sin duda se halla en peligro:
vamos por él á velar:
¿fuese por ahi? marchemos,

pero no... mejor será...
Aquí mandó que esperaseis,
entonces no ha de faltar...
Pero si alguna traicion...
preciso es irle á buscar.
No vayamos reunidos;
vos por esa calle andad,
vos, Arill, por la de enfrente,
yo por la calle de allá.
Vosotros aquí esperadnos,
y Dios nos quiera ayudar.



ESCENA II.

HUGO Y SEIS BARONES.

HUGO.

Hermanos, por si viniera
pronto Vifredo; discurro
será bueno que os halleis
de las sombras en lo oscuro.
Ademas sospecharian,
si nos vieran aquí juntos,
y es menester... Santos cielos!
(*ruido de cuchilladas.*)
Ese ruido, aunque confuso,
parece de cuchilladas.

DAPIFER DE MONCADA.

Si lo son: guiadnos, Hugo;
acaso á nuestros hermanos
estén acosando muchos.

HUGO.

Vamos á verlo y audacia;
vengan seis para cada uno.

Queda sola por un momento la escena, sigue un instante el ruido de cuchilladas: para este: El huracan se aumenta. Las olas del mar van creciendo. Dan las doce y se oye el canto de maitines *de las religiosas.*

ESCENA III.

Salen OTJERO, EL CONDE SALOMON *y doce embozados. que llevan al* BARDO *maniatado y con un pañuelo atado á la boca.*

CONDE.

Huyeron esos villanos;
pero á cinco han dado muerte
de los nuestros servidores,
y á no salir prontamente
los aguerridos soldados
que la muralla guarnecen
y mostrádoles quien soy,
que esos encubiertos seres
casi á todos nos mataran
con sus tremendos reveses.
Por fortuna ya ninguno
aproximarse aquí puede,
pues coloqué centinelas
que el acercarse impidiesen,
Pensabas te salvarian,
pobre Bardo? mío eres.
En todas las avenidas
de esas calles diferentes
habeis de estar con cuidado,
y en cuanto este pito suene,
acudid, y los aceros
de quien me ofenda me venguen,
El barco está prevenido?

OTJERO.

Haré la señal en breve.

Otjero da dos palmadas, y le contestan de dentro con otras dos. Poco á poco va saliendo una embarcacion.

CONDE.

Hase hecho ya esta cuestion
para mí de vida ó muerte.
Mientras el Bardo y mi esposa
existan, pueden venderme.
Juego el todo por el todo,
que venza pues el mas fuerte.

OTJERO.

Ahí está el barco, señor,

CONDE.

Quitarle el pañuelo puedes
de la boca, va á marcharse:
justo es ya compadecerle.

Otjero quita el pañuelo de la boca á el Bardo, en tanto que los otros le dejan libres las manos.

Y bien, vuestra noble amiga
en ese convento duerme;
Vifredo ha partido ya,
ahora nadie la defiende;
vamos, desahogad la furia
llamando á los dos crueles.

BARDO.

Nada que deciros tengo:
díjeos bastante dos veces,
y ahora sois mas criminal.
A que hablar al que no tiene
ni un humano sentimiento,
y que la virtud no entiende.

CONDE.

Vais á partir para lejos,
dad vuestro adios y sed breve.

BARDO.

Si, dejad que ruegue á Dios
por la víctima inocente.
(*Se arrodilla.*)
Libra á Almira del traidor,
señor,
que tu clemencia infinita
necesita,
si ha de gozar dulce calma
su alma.
Dala del honor la palma
y ampárala con tu manto,
que para que viva, es cuanto,
Señor, necesita su alma.
Doy porque ría su faz,
mi paz:
porque triunfe su virtud,
mi salud:
porque no sea perseguida,
mi vida.
Si ella nunca está afligida,
si confundes al impío,
quítame entonces, Dios mio,
mi paz, mi salud, mi vida.
(*Se levanta.*)
Adios: tu muerte es notoria;
gloria,
Cataluña, ó vil traidor,
y honor,
gozará sin tu existencia,
é independencia.
Si; la sabia Omnipotencia
con desdoro te destrona,
porque goce Barcelona
gloria, honor é independencia.

CONDE.

Llevadle.

OTJERO.

Señor, el mar
está en verdad imponente,
se prepara gran tormenta,
los buques á guarecerse
han venido temerosos.

CONDE.

Aun cuando el mar se sorbiere
al buque y al navegante
nada importara, al mar dense.

OTJERO.

Facil será que ese viento
hácia otra parte los eche.

CONDE.

Sea lo que quiera, adelante:
Que naveguen, que naveguen.

BARDO.

Nada me arredra: llevadme,
la virtud de nada teme.

CONDE.

La virtud !!¡ ella te salve
si para ello fuerzas tiene:
se ha aumentado el huracán
y ademas las olas crecen,
no será dificil cosa
que con las rocas se estrellen.
Ya está en el barco, me place.

BARDO.

En los brazos de la muerte,
al entregarme, señor,
solo pido que no dejes
sin tu santa proteccion
á esa víctima inocente.
Haz que se salve, Dios mio,
y que yo por ella pene.

(*El huracan se aumenta: el barco va desapareciendo impulsado por las olas. Se oye remotamente el canto de las religiosas.*)

CONDE.

En fin desapareció.
Tengo un enemigo menos.
Enemigo que la mar
va á sepultar en su centro.
Pero el tiempo no perdamos;
ayer me salvaste, Otjero,
culpándote á tí no mas
de la calumnia, por eso
aun cuando mandé encerrarte
por encubrir mas el juego,
hoy te he puesto en libertad;
luego diré que he dispuesto
desterrarte, y que has salido
al punto para el destierro.
Has de huir de todos modos.
solo por eso he dispuesto
que robes á la condesa,
y la ocultes en el centro
de una caverna profunda,
donde de hambre y sentimiento
perecerá en pocos dias;
y pues estamos de acuerdo
y ya te he dado el tesoro
con que tu obra recompenso,
manos á la obra al instante,
entremos en el convento,
nada á mi órden se resiste:

á mi esposa sacaremos
y tu la conducirás....

OTJERO.

Para mas seguro acierto
á vuestro mismo castillo
que está ahí prócsimo. Y recuerdo
que hay ocultos subterráneos,
donde aunque gritara un preso,
en ningun lado se oirian
sus congojosos lamentos.

CONDE.

Bien me parece. Al llegar
cerca de esta puerta, luego,
mientras yo afirmo sus manos
ponla á la boca un pañuelo....
Mas se me ocurre una idea.
voy á quedar descubierto
si me doy á [illegible]r. . .
Todos saben que hace tiempo
eres el privado mio,
muestra mi anillo y mi sello;
así te darán á Almira
y yo quedaré á cubierto.
Diré que me le has robado
mientras yo estaba durmiendo.
Llama y enseña ese anillo,
que la priora este sello
conoce bien por mi vida.
Valor y á la trama presto.

(*Otjero llama á la puerta del convento.*)

OTJERO.

No me contestan señor.

CONDE.

Llama con mas fuerza, necio!
están cantando maitines.
Ah! se me abrasa el cerebro.

PORTERA.

Quien es? quien es?

OTJERO.

Abra, hermana.

PORTERA.

A esta hora yo no puedo.

OTJERO.

Vengo de parte del conde.

PORTERA.

Acreditadlo primero.

OTJERO.

Ved su anillo.

PORTERA.

Perdonad,
á enseñarle voy y vuelvo.

CONDE.

Oh! me temen demasiado
para que en viendo mi sello
á aquel que lo ha presentado
no le rindan sus respetos.

OTJERO.

Que mal salga esta aventura
mucho á la verdad me temo.

CONDE.

Alma pequeña es la tuya!
que? y no sientes gran deseo
de vengarte de ese infame
por cuya causa....

OTJERO.

Teneos;
no me recordeis la afrenta
que impune sobre mi llevo.
Por todo arrostro, por todo
aunque me trague el infierno.
Ó mi muerte ó la venganza
á alcanzar estoy dispuesto.

(*Vuelve la portera.*)

PORTERA.

La priora me ha ordenado
que os deje entrar, caballero.

CONDE.

Aqui te aguardo, valor;
que no te falte el aliento.

ESCENA IV.

EL CONDE *solo.*

CONDE.

De triunfar tengo esperanza,
mas sin juicio obrando estoy,
porque frenético voy
anhelando la venganza.
Aunque con negra asechanza,
yo de todos triunfaré,
ya enemigos no tendré
que me puedan delatar;
á fuerza de asesinar
libre y feliz viviré.
Mas no se que siento en mí.
Ya pienso que tarda Otjero;
la traerá?—Suplicio fiero,
el infierno siento aquí.
Cesa, loco frenesí,
de enardecer mi razon;
si esta necia exaltacion
va á perderme y á humillarme
yo mismo voy á arrancarme
mí obcecado corazon.

VOZ (*dentro.*)

Atrás, ú os cuesta la vida.

á

VIFREDO (*dentro.*)
Pues maté dos centinelas
si no me dejas pasar
tu vas à ser la tercera.

CONDE.
Dios mio!! esa voz...

VOZ.
Teneos.

ESCENA V.

EL CONDE. *Sale* OTJERO *conduciendo en sus brazos á la* CONDESA *desmayada. Aparece casi á un tiempo* VIFREDO *que saldrá por distinto lado de por donde se fueron los ocho barones.*

OTJERO.
Vedla desmayada, vedla.

CONDE.
Llévala por ese lado,
y aprisa que nos observan.

VIFREDO.
Pues te empeñaste en morir
toma por tu resistencia!
(*Sale.*)
Ni aun ay! dijo el testarudo.
A ver quien me impide verla.
Un caballero que huye:
deteneos.

CONDE.
Quien lo ordena?

VIFREDO.
Quien puede, porque no teme.
A ver, alzaos la visera.

CONDE.
Es de noche y no vereis.

VIFREDO.
Ya no es menester que os vea,
Conozco la voz del conde,
que trama alguna insolencia.
Ahora estais junto al convento
donde mi hermana se encierra,
aclaradme ¡vive Dios!
al momento mi sospecha.
Habeis sacarla intentado?
habeis entrado por ella?

CONDE.
No. Dejad que me retire,
ved que el temporal arrecia.

VIFREDO.
No. Voy á ver á mi hermana;
pero ni os suelto siquiera
hasta mirar si està aquí.

CONDE.
Y vuestro enojo creyera
que me atreviese yo á entrar
á un sagrado donde reina...

VIFREDO.
Os creo capaz de todo;
acaso teneis conciencia?

CONDE.
Ah! ya encendistes el enojo mio,
no me dejas huir y me ultrajaste,
rompióse el dique de la furia mia,
no me creas, Vifredo, tan cobarde.
Yo soy el hombre que tu muerte anhela;
yo he sido el asesino de tu padre;
entra si quieres á buscar tu hermana
en su celda ó al pié de los altares...
inútil anhelar, la furia mia
la tiene oculta do perezca de hambre.

VIFREDO.
Traidor... enfrena tu alazan brioso,
ármate de tu lanza y al combate,
que quiero al punto de razon armado
verter á rios tu maldita sangre.
Solamente una furia del averno
tiene tus sentimientos infernales!
tú por ser soberano de esta tierra
á su antiguo señor.... oh trama infame!
hiciste le escoltaran tus bandidos
y matarle á ellos mismos los mandaste.
Tambien mi anciano padre te estorbaba
y le diste una muerte abominable,
y no contento aun, hasta sus hijos
es tu deseo asesinar cobarde.
Y este hombre manda á un pueblo de valientes
no te conocen aun los catalanes,
que si te conocieran, irritados,
porque humanos son ellos y leales,
el corazon del pecho te arrancáran
y despues de esprimirle y de quemarle,
al viento no arrojaran sus cenizas
por no infestar con su ponzoña el aire.

CONDE.
Ya nada temo: pues quité á mi rostro
la máscara, mas aun has de escucharme.
Supuesto que de aqui no saldrás vivo
aunque mi ardiente corazon traspases:
te tengo preparada uno emboscada,
ahora mismo de tí puedo vengarme;
mas porque veas la entereza mia
hasta que herido esté no llamo á nadie,
y pues ves que provoco tu arrogancia
mira si mi alma cual la tuya es grande.

VIFREDO.

Sois grande, porque estais de muchas gentes
bien defendido por diversas partes,
porque á una seña vuestra, rodeado
me veré por traidor y vil enjambre:
és decir que estoy preso, aunque negáislo,
preso como estuviera en una cárcel.
Que estraño que el leon encadenado
se le atreva el insecto despreciable!

CONDE.

A nadie llamaré, viven los cielos!
calle la lengua, los aceros hablen.

VIFREDO.

Hablarán. Pero dime en el momento
donde mi hermana está pues tu lo sabes.

[illegible]

Ya nó lo alcanzar[illegible] al pobre Bardo
que agora cruza los revueltos mares.

VIFREDO.

Infierno!! que decís?

CONDE.

Para muy lejos
en un débil bajel le hice embarcarse;
con que vé la bravura de las olas
y juzga de su suerte.

VIFREDO.

Baste, baste,
no cuentes con el triunfo que deseas,
que tu cuerpo al pasar de parte á parte,
haré que salgan al encuentro suyo
cuantos bajeles en el puerto se hallen:
mas donde está la hermana de mi vida?

CONDE.

Para que sufras mas, Vifredo, sabe
que de aquí la llevaban maniatada
cuando á ese centinela atropellaste

VIFREDO.

Tan cerca de ella!! y no poder salvarla!
donde está? donde está?

CONDE.

Do no lo alcances.

VIFREDO.

Pues bien, á combatir por la inocente.
(*Ruido de espadas y un grito dentro.*)

CONDE.

Ese ruido.... tened...

VIFREDO.

Lidiad, cobarde!

ESCENA VI.

DICHOS, HUGO DE MATAPLANA, ALMIRA Y LOS OCHO CABALLEROS.

HUGO.

Deteneos; aquí está la condesa.

CONDESA.

Hermano!

VIFREDO.

Almira!

CONDE.

Me perdí

HUGO.

Triunfantes
van dó quiera los nueve caballeros!
por tí velamos con afan constante;
vimos que desmayada á la condesa
en los brazos llevaba un miserable,
estos á la condesa recogieron,
y yo con un revés de mi montante
ese pícaro mas mandé al infierno;
pero va sin cabeza á ese paraje.

CONDESA.

Yo os bendigo, valientes caballeros,
mas ya que generosos me librasteis,
buscad al pobre Bardo.

CONDE.

El pobre Bardo
cruzando vá los agitados mares.

CONDESA.

Ah! socorro, socorro al desdichado!
salvemos á mi amigo y á mi padre:
ved que las olas braman impetuosas,
que el bajel donde va romperá el aire.
Vamos pues á buscar los gondoleros
que á fuerza de oro al inocente salven.

CONDE.

Nadie le amparará ni aun á vosotros,
mis gentes llegarán en este instante
y vencidos sereis.

CONDESA.

Jactancia necia!
no sabes lo que valen los leales;
haz que venga la turba de traidores;
ciento para estos diez no son bastantes
Vale un solo leal lidiando noble
por quince asalariados criminales.

CONDE.

Agora lo veremos.

(*El conde toca el pito.*)

VIFREDO.

Huye, hermana,
ayudadme, valientes, ayudadme!

(Los caballeros á fuertes golpes de sus mandobles rompen la cerradura de la puerta del convento. Vifredo hace entrar en él á su hermana. Al momento se llena la escena de asesinos, de soldados y de nobles. Los nobles se ponen de parte de Vifredo y trábase una batalla encarnizada.)

CONDE.

No dejarme con vida ni uno solo!

VIFREDO.

Arrojo, caballeros, y adelante!

NOBLES.

Viva Vifredo!

CABALLEROS.

Gloria á la inocencia!

NOBLES.

Que triunfe la virtud!

CABALLEROS.

Muera el infame!

ACTO TERCERO.



La aclamacion.

El teatro representa el jardin del palacio del conde Salomon, todo vistosamen iluminado con multitud de vasos de colores formando distintos dibujos.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE SALOMON, ADRIANO.

CONDE.

Es mi voluntad honrarte
mas que á ninguno este dia.

ADRIANO

Señor, sabré agradecéroslo
mientres me dure la vida.

CONDE.

Me serás fiel?

ADRIANO.

Os lo juro.

CONDE.

Si el juramento no olvidas
te verás por mi premiado
con riquezas infinitas.

ADRIANO.

Matadme si soy desleal.

CONDE.

Mi amistad de tí se fia.
Ya sabes que en la refriega
de anoche, para mi dicha,
quiso mi suerte vencer
á la contraria pandilla.
Mis numerosos soldados
con ardiente bizarría
vencieron á los infames,
y á esos nobles que con ira
la causa de la condesa
entusiastas defendian:
algunos se han escapado,
pero Vifredo, oh alegria!
con algunos caballeros
están presos, y sus vidas
pronto quitará el verdugo:
Entre tanto que conspiran
algunos nobles osados
y al necio pueblo alucinan,
yo para cortar sus tramas
daré á mis guardias orgías,
repartirélos dinero,
y con mano compasiva
quitaré impuestos al pueblo:
que dices de mi política?
Mis jardines con riqueza
esta noche se iluminan,
y entrará la plebe en ellos
á gozar de su alegría:
Así la deslumbraré,
asi con instancias vivas
me aclamará donde quiera:
Mas mi esposa se aproxima;
cuan pálida!! desde que hoy,
aun cuando ella no quería,
la he sacado del convento,
á veces casi delira.
Retírate y está pronto

á oir las órdenes mias.
Prudencia y fidelidad!

ADRIANO.

Esa será mi divisa.

ESCENA II.

EL CONDE, LA CONDESA.

CONDESA.

Vengo á que me oigais, señor:
es preciso; yo lo quiero.
Ved que sufro ved que mucro
traspasada de dolor.
Ah! pretendeis huir de miíl...
quereis cruel despreciarme!
pues bien, tendreis que escucharme,
no os dejo mover de aquí.

CONDE.

Señora, que á abrirse van
las puertas de los jardines,
y á gozar de los festines
los villanos entrarán.

CONDESA.

Va á entrar el pueblo, decís?

CONDE.

Y ante él nos presentaremos
los dos, y le acataremos.

CONDESA.

Engañarme presumís?
Al pueblo humillaros vos!
al pueblo que aborreceis?
Ah! sin duda le temeis
y le adulais... sí, por Dios!
Ya comprendo vuestro juego:
hoy el lobo está acechado
y deja libre el ganado
para devorarle luego.

CONDE.

Señora....

CONDESA.

Teneis razon,
de eso yo no puedo hablaros;
solo debo suplicaros
que me tengais compasion.
Que al pobre Bardo busqueis,
que á mi hermano me volvais...
Ah! teneos, no os vayais,
por fuerza me escuchareis:
Porque cuando de mi hermano
hablo, me quereis dejar?
Ah! por él me haceis temblar!
dó le teneis inhumano?
Os aterrais.... que pavura....
mi hermano... decidme... hablad...
que es de él?.. pero no... callad...
Que suplicio!! Que tortura!!
Ved que pierdo la razon.
Quien tal tormento resiste!..
decidme... murió...

CONDE.

Existe.

CONDESA.

Ah! respira, corazon!

CONDE.

En vos el salvarle está.

CONDESA.

Vos decís que está en mi mano!
Ah! pues entonces, mi hermano
á mis brazos volverá.
Con que le puedo salvar?
Que tengo de hacer? mandadme;
si es menester maltratadme,
que no me vereis llorar.
Vivirá si á mi me toca
sacrificarme por él.
Hermano del alma fiel!
de placer me vuelvo loca!
cuando muerto te creía,
en mis brazos voy á verte;
que venga luego la muerte
si yo te salvo este dia.

CONDE.

Oid lo que habeis de hacer:
id un poco á aderezaros,
y conmigo á presentaros,
sin señal de padecer.
Que aquellos que nos acechen
observen que nos amamos,
y que tranquilos estamos:
(*Aparte.*)
así haré que no sospechen!...

CONDESA.

Eso he de hacer nada mas?
Bien, sereis obedecido;
hoy de mi sereis querido
como no os quise jamás.
Con mi hermano generoso
al pueblo vendré á decir
que vos no me haceis sufrir,
que sois el mejor esposo...
Mas por mi hermano mandad...
no veis que estará encerrado
y sufrirá el desdichado!
Vamos, esposo, abreviad.
Te voy libre, hermano, á ver,

y yo me atreví á quejarme!!¡
Cielos!!¡ ya puedo llamarme
la mas dichosa muger.

ESCENA III.

EL CONDE.

CONDE.

Casi lástima me dá,
mas no la tuvo de mí;
y ademas me estorba mucho:
no hay remedio, ha de morir.
Pero ese vago murmullo
que agora llega hasta aquí...
Vive Dios, que mi conciencia
empieza á hacerme sufrir.
Será que se acerca el pueblo!..
Porteros! Ola. Acudid:
De los jardines las puertas
en este instante id á abrir.
Vamos: esta es la ocasion:
próximo se halla mi fin
si no adulo á esa canalla:
es necesario fingir.
Que si al pueblo y los soldados
puedo fascinar asi,
á todos los que me estorben
haré dejar de existir.

ESCENA IV.

CONDE, *y gente del pueblo, entre ellos* HUGO DE MATAPLANA.

CONDE.

Entra, pueblo generoso,
entra sin miedo, que yo
quiero remediar tus males
con paterno corazon.
A veces me habrás creido
un tirano y vil señor,
mas fué culpa de los nobles
que con pérfida intencion
hasta mí, de vuestros males
no hicieron llegar la voz;
pero hoy que por mi mismo
me he enterado con dolor,
quiero que un padre en mi encuentres
que consuele tu afliccion.
Si los impuestos te agovian,
pueblo mio, ve mi amor,
yo te quito los impuestos.

UNO DEL PUEBLO.

Viva el conde Salomon?

TODOS.

Viva!

CONDE.

(Se logró ol objeto).
Mis hijos, una faccion
miserable, quiso anoche
asesinarme; mas Dios
que defiende la justicia,
el triunfo á mi causa dió.
Los nobles fueron la causa
de la infame sedicion;
esos nobles que se burlan
cuando con vuestro sudor
ganais mezquino sustento,
mientras ellos, oh ambicion!!!
sus arcas llenan de oro!
Que hago con tanto traidor,
pueblo mio? Tu consejo
quiero en todo seguir yo.
Quieres que mueran?

TODOS.

Que mueran!

CONDE.

Bien, gozad de la funcion:
pasead por los jardines.
Mañana vuestro señor
os quitará los impuestos;
en tanto, nadie el horror
padezca de la miseria:
el que esté en tal situacion,
por mí será remediado
en cuanto escuche su voz.
La mar sigue alborotada,
el huracan bramador
devuelve al puerto los buques,
y algunos sin salvacion
contra las rocas se estrellan...
hermanos dadlos favor
los que seais gondoleros:
id, que yo con profusion
los sabré recompensar.
Pueblo, mira á tu señor,
que á pesar de que celebra
su victoria, no olvidó
sus arraigados principios
de honra, patria y religion.

TODOS.

Viva, viva!

ESCENA V.

Los precedentes, menos EL CONDE. HUGO *sale de entre la multitud, vestido de hombre del pueblo.*

HUGO.

Miente infame!
No importa, que aquí estoy yo,
camaradas. Quien al conde
há cambiado el corazon?
siempre fué tirano y déspota
y hoy de repente cambió;
no le creais: nos engaña
para envolvernos mejor.

TODOS.

No, no.

UNO DEL PUEBLO.

Cuando los impuestos
de ese modo rebajó
es que quiere nuestro bien.

HUGO.

Si os demostró tal amor
es porque teme su ruina,
porque la nobleza huyó
de su lado, conociendo
su hipocresía y furor.
No sabeis quien es el conde?
Pues oid con atencion
esta su historia de sangre,
que dá el oirla pavor.
Por gozar de Barcelona
el condado, Salomon
á su legitimo conde
una noche asesinó.
De Vifredo al noble padre
tocaba la sucesion
de este condado, y tambien
Salomon muerte le dió
à este: la noble condesa
le hizo su esposo y señor,
sin saber que al padre suyo
asesinara feroz;
pero el Bardo descubriólo,
y Vifredo con ardor
quiso vengar á su padre,
mas su hermana intercedió.
Dejóle entonces la vida,
y por no ver al traidor,
con sus nueve caballeros
á Normandía marchó.
Yo soy uno de ellos, vedme:
yo he lidiado con honor
á su lado. Catalanes,
del pueblo tambien soy yo.
No contento con la sangre
que ese tigre derramó,
ha querido á la condesa
asesinar con furor.
En noche de gran tormenta
al pobre Bardo embarcó
en un pequeño bajel
con la idea, ved que horror!
de que el buque se estrellára...
puede caber mas traicion?
En fin, Vifredo está preso
y le matará el traidor.
Si la verdad no os he dicho,
mi madre, que ya murió,
que sufra por mis palabras
eterna condenacion;
que me siga por do quiera
la maldicion de mi Dios,
y que mi padre perezca
de hambre en oscuro rincon,
y que mis hijos me afrenten
y me cubran de baldon.
Despues de lo que os he dicho,
no me creereis?

UNO.

Sí!

OTROS.

No!

HUGO.

Aun dudais algunos? bien.
La condesa llega. Yo
sé que dirá la verdad
con que os dirijo mi voz.

ESCENA VI.

DICHOS, EL CONDE, LA CONDESA.

CONDE.

Pueblo mio, á verte viene
la condesa, que te ama
como á mi. No es cierto, Almira,
que constante me idolatras
por honrado y buen esposo?

CONDESA.

Si.... cierto....

HUGO.

Vedla turbada:
ella no puede engañar....

CONDESA.

Cielos santos! Hugo!

CONDE.

Audacia!

HUGO.

No, vos no le amais, señora;
lo decís de él obligada;
pero respirad.... el pueblo
solo vuestra voz aguarda
para librar á Vifredo.

CONDESA.

Va á salvarle el conde.

HUGO.

Infamia!
Señora, le conoceis.
Por Dios, juro que os engaña.
En su mismo calabozo
sé que la órden tiene dada
para asesinarle.

CONDESA.

Cielos!

CONDE.

Villano!

HUGO.

Hablad sin tardanza.
Es verdad que á vuestro padre
vuestro esposo asesinara,
y que á otro conde mató,
y que á vos dar muerte ansiába?
Decidlo, de vuestro padre
por la memoria sagrada!

CONDESA.

Es verdad, sí, pueblo mio.

HUGO.

Venganza, amigos!

TODOS.

Venganza!

HUGO.

Ahora á salvar á Vifredo.
A las armas!

TODOS.

A las armas!
(*Todos salen de ta escena precipitadamente.*)

ESCENA VII.

EL CONDE, LA CONDESA, *luego* ADRIANO.

CONDE.

Señora, me habeis vendido.
Van á salvar á Vifredo.
Pensais que puedan lograrlo?
Adriano!

ADRIANO.

Señor!

CONDE.

Corriendo
que la mitad de mis guardias
sigan al infame pueblo:
armado de buen puñal
vé de Vifredo al encierro;
mas yo mismo... Capitan,
con parte de mis guerreros
seguid á esos foragidos.
Corred, corred. Tú al momento...

CONDESA.

Ah! conde, conde!

CONDE.

Dejadme.
Este anillo con mi sello,
presentarás al alcaide
y así que estés junto al preso,
introduce en su garganta
toda la hoja de tu acero.

ADRIANO.

Y si es ya tarde, señor?

CONDE,

Ilusion! Te sobra tiempo.
Por la mina subterránea
de este palacio soberbio
irás, porque de ese modo
hay la mitad de terreno,
y ya estar podrás de vuelta
cuando allí penetre el pueblo.
Vuela que el tiempo se pasa.
Cumplirás?

ADRIANO.

Yo os lo prometo.
(*Se va Adriano.*)

CONDESA.

Ah! señor, piedad, piedad!

CONDE,

Ya vengado me contemplo.

CONDESA.

Vengaos en mí solamente.
Ved que postrada os lo ruego
por el padre que os dió el ser,
por vuestra madre á lo menos.
Si quereis que corra sangre
toda la mia os ofrezco.
Yo en el mundo nada valgo,
y él es valiente en estremo.
Yo le diré que combata
por defender vuestro reino,
y lo hará, y alcanzará
para vos grandes trofeos.
Sacad la daga, señor,
ved que os presento mi pecho,
heridme y tranquilizaos.
Corred, corred á su encuentro!